

de Moscow, los franceses sufrieron una retirada desgraciadísima, porque pelearon contra ellos el clima, la mala voluntad de los aliados y algunos de sus generales (1812). También les fué contraria la guerra en España. La campaña de Rusia, tan funesta para los franceses, anuncia la ruina del imperio. Napoleón suprimió todas las comunidades religiosas en los departamentos agregados al imperio. El papa Pío VII es trasladado de Savona á Fontainebleau.

Continúa la guerra en Rusia. Los austriacos y los prusianos se unen á los rusos, y destruyen el ejército francés en Leipsik, obligándole á retirarse hácia el Rhin (1813). En España los franceses también van de vencida, viéndose obligados á repasar los Pirineos.

La Europa entera se levanta contra Napoleón, quien después de varias batallas hubo de retirarse á Fontainebleau, entrando los aliados en París el 31 de Marzo de 1814, ocupando el trono francés Luis XVIII, y retirándose Napoleón á la isla de Elba. Fernando VII vuelve á España. El Congreso de Viena repartió las conquistas de Napoleón entre los vencedores. En él tuvo también principio la formación de la Santa Alianza, que rompió la revolución francesa de 1830.

CAPITULO XVIII

Las potencias occidentales y la Rusia.—La Rusia y la Polonia en tiempo de Alejandro II.

Las desgracias en la Crimea, especialmente la derrota de Eupatoria, dieron el golpe de gracia al emperador Nicolás (murió el 2 de Marzo de 1855). Su hijo y sucesor Alejandro II no siguió el mismo camino que su padre; la honra militar de la Rusia exigía que la guerra comenzada se continuara con la misma energía; pero poco tiempo después de la conclusión de la paz, el nuevo emperador manifestó que diferentes ideas le animaban. Ya con motivo de las fiestas de su coronación en Moscú (7 de Setiembre de 1856) dió á conocer, concediendo numerosas gracias, que devolvieron á muchos proscritos la patria, el honor y la reputación, que la conciliación y la clemencia no serían en adelante extrañas al trono soberano de San Petersburgo. Mientras que el partido feudal de Alemania se lamentaba de que con el

emperador Nicolás «el padre de la reacción universal» había desaparecido del mundo, el hijo se impuso la tarea de «hacer de su imperio hereditario el foco de una importante generación, en que el progreso se debía conocer por el desarrollo de la prosperidad de la nación y por el cultivo del espíritu del pueblo.» Se trataba, ante todo, de curar las profundas heridas causadas por una guerra de destrucción. Con el bloqueo de las costas y de los ríos, la exportación de las primeras materias se había paralizado y el comercio se había completamente aniquilado. Una vasta y pesada leva para el servicio militar había agotado los recursos y quitado á la agricultura, á la industria y á las artes de la paz las fuerzas disponibles. Alejandro se ocupó seriamente de reparar estos desastres; una considerable reducción en el efectivo del ejército disminuyó los gastos y devolvió la libertad á más de un brazo oprimido; por algunos tratados de comercio celebrados con muchos Estados desapareció la muralla que hasta entonces había aislado al imperio ruso del resto de la Europa; el sistema prohibitivo, cuya consecuencia es siempre un inmoral contrabando, fué abolido para dar lugar al régimen más conciliador de las tarifas de aduanas, y el emperador tomó bajo su protección personal á las sociedades de comercio y de navegación por vapor. Por medio de contratos con algunas casas de banca, tanto nacionales como extranjeras, hizo posible la construcción de grandes líneas férreas, que facilitaron y desarrollaron las relaciones y el transporte de las mercancías hasta las provincias más remotas. Un viaje á Alemania, en el que se encontró en Stuttgart con Napoleón y en Weimar con el emperador de Austria (Setiembre y Octubre de 1857), le sirvió para entablar algunas negociaciones políticas. Al mismo tiempo se abrieron en Asia nuevos conductos al comercio, ora favoreciendo la navegación por el mar Caspio, ora estableciendo ó fomentando empresas mercantiles, ora entrando en negociaciones diplomáticas con los imperios del Asia oriental, ora asegurando y extendiendo las fronteras por el lado de Tcherkesses y por el Sud de la Siberia. En menos de diez años las posesiones rusas se extendieron en el valle del río Jaxartes (Syr-Darja) hasta á Khand; las tropas vencedoras llegaron hasta Khand;

va y Samarcanda; el Noroeste del Turquestan fué transformado en gobierno general de Taschkend, y el dominio de los czar se extendió hasta cerca de las posesiones inglesas en la India. Schamil, el enemigo mortal de la Rusia, de tal manera fué acosado en sus últimas trincheras, que tuvo que rendirse con la fortaleza Ghunib al general ruso Bariatinsky (6 de Setiembre de 1859), y en calidad de prisionero marchar á Rusia, en donde murió doce años después. Para resistir á la política inglesa, que era hostil á los rusos, tanto en el Asia central como en la Grecia, el gabinete de San Petersburgo entró en íntimas relaciones con el gobierno de los Estados Unidos; alianza que, sostenida por medio de recíprocas atenciones y por la venta de las posesiones rusas en la América del Norte á los Estados Unidos, no tardó en consolidarse mucho tiempo.

Pero en otros dominios un espíritu innovador se revelaba en Alejandro II. Más arriba hemos hablado de la severidad con que el emperador Nicolás reprimía la vida intelectual; con qué benignidad acogía á todos los adeptos de los dogmas que se alejaban de la confesión griega; con qué ardor se dedicaba á desarrollar la Iglesia rusa y á conducirla al poder absoluto. Semejante comprensión de los espíritus y de las conciencias repugnaba al carácter de Alejandro II, el cual, no pudiendo desembarazarse del primer golpe de todas estas trabas, procuraba, no obstante, en el dominio de las ideas dar lugar á un desarrollo más amplio, concediendo al pensamiento y á la conciencia las mayores libertades. No solamente permitió á las iglesias cristianas de otras confesiones, tanto á los católicos romanos como á los protestantes evangélicos, vivir con arreglo á sus doctrinas y creencias y hacer administrar sus negocios seculares por empleados pertenecientes á cada una de ellas, sino que suavizó igualmente las leyes excepcionales acerca de los judíos, y dió un paso notable para llegar á ponerles al nivel con los demás vasallos rusos. Más eficaces fueron todavía las medidas tomadas para la instrucción del pueblo: se facilitó la importación de libros extranjeros, no haciéndose uso de la censura y de la vigilancia, sino de una manera moderada; de suerte que la ciencia y la literatura alemanas tuvieron así mayor propaganda y ocuparon

un puesto al lado de los libros rusos y franceses; y para la prensa en el interior hubo menos rigor que en otros tiempos; de modo que el número de diarios y de periódicos escritos en lengua rusa se acrecentó de una manera prodigiosa. Se multiplicaron los viajes al exterior, á contar desde el día en que los pasaportes no estuvieron sujetos á derechos exorbitantes, y el número de extranjeros que visitaron la Rusia y que en ella fijaron su residencia se hizo también muy considerable, desde que una suspicaz policía no espío con sus ojos de Argos á todo el que por allí pasaba, y desaparecieron los obstáculos que dificultaban el establecimiento é instalación de los extranjeros. Al mismo tiempo que se procuraba desarrollar la instrucción en todas las clases de la sociedad, ora mejorando y multiplicando las escuelas, especialmente las de primera enseñanza, ora enviando al extranjero á algunos profesores que, merced á una subvención que pagaba el Estado, debían estudiar los métodos de enseñanza en Alemania y en otros países y perfeccionarse en las diferentes ramas de la pedagogía. De esta manera se apreciaron cada vez más y se pusieron en práctica las organizaciones escolares de la Alemania; solamente la insurrección polaca interrumpió el curso de estos pacíficos progresos, y fué causa de alguna detención en el espíritu de Alejandro II. Se hicieron igualmente algunas reformas en la administración de justicia, instituyendo el jurado y los jueces de paz; así se dieron más garantías á la propiedad y se hizo desaparecer la concusión, que hasta entonces había desempeñado un gran papel en toda clase de procesos. En las nuevas instituciones de las asambleas de círculos y de provincias, es preciso reconocer el verdadero medio de dar á las diferentes clases de la población una mayor actividad política y una más completa independencia y de verificar la transición á una constitución representativa. Sobre estas bases del *selfgovernment* será también posible hacer una reforma radical en la administración, que á su vez necesita curarse del mal de la concusión, de suerte que poco á poco el imperio ruso dejará de ser un ejemplo de horror y de disgusto para los libre-pensadores de la Europa.

Si ya anteriormente se habían hecho algunas tentativas «para mejorar la suerte de los

colonos.» Alejandro II fué el primero en emprender bajo la misma base, y á pesar de la oposicion de los propietarios del terreno, la transformacion de las condiciones sociales del colono. Despues que en los gobiernos de Vilna, Grodno, Kowno y San Petersburgo la nobleza, por instigacion del soberano, pidió el permiso para aliviar á sus siervos, permiso que les fué concedido, se organizó para la manumision de los siervos una gran junta, bajo la direccion personal del emperador (1858). De esta junta central dependian, de cada gobierno, otras juntas especiales que se ponian en relacion con los propietarios nobles para discutir con ellos las condiciones de detalle. Segun el principio fundamental establecido por el emperador, el derecho de propiedad sigue perteneciendo al señor; pero el colono recibe una habitacion con cercado, y puede, en el trascurso de doce años, por medio del dinero, de jornales ó de servicios, librarse de su propietario. Al cabo de este tiempo, el siervo se hace libre y recibe, en las condiciones estipuladas por su señor, el derecho de propiedad sobre su casa, sobre sus dependencias y sobre sus campos. Las propiedades así libertadas debian distribuirse en comunes, sobre los cuales el señor tenía siempre el privilegio de la vigilancia de policía, al mismo tiempo que se elegian jueces de paz encargados de velar sobre la ejecucion de las leyes y de los contratos estipulados. Para facilitar á los colonos la liberacion de las propiedades, el gobierno les suministraba fondos en calidad de préstamo; la gran obra de la completa liberacion fué emprendida con arreglo á estos principios; obra que se encontraba complicada por infinitas dificultades, atendida la antipatía y la oposicion de la mayor parte de las asambleas de los nobles contra la emancipacion. Sin embargo, el emperador persistió en su resolucion, y libertando completamente á todos los colonos de los dominios de la casa imperial y cediéndoles, sin exigirles indemnizacion alguna, las tierras por ellos cultivadas, dió un generoso ejemplo de sus elevados sentimientos y de su desinteresada filantropía. Ante este firme propósito, que el emperador dió á conocer claramente en muchos viajes que hizo á diferentes partes del imperio, la nobleza se doblegó, y á pesar de crear toda clase de obstáculos para

impedir su ejecucion, fué impotente para impedir que las juntas de los gobiernos hicieran todos los trabajos preparatorios y reunieran los materiales necesarios y los datos estadísticos para establecer la situacion financiera y económica y el número y la situacion de los siervos del vasto imperio. De estos estudios y de las relaciones que hicieron estas comisiones, resultó que en Rusia, sin contar las provincias bálticas, en que hacia mucho tiempo habia sido abolida la esclavitud, ni los territorios de los cosacos del Mar Negro, en donde nunca habia existido, habia una poblacion de 23 millones de siervos, que en parte estaban adheridos á la gleba como pertenecientes al propietario del terreno, con más ó ménos pesadas condiciones, y en parte tenían el derecho de buscar su subsistencia fuera de los dominios de su señor, mediante el pago de una cantidad anual. Procurar á esta poblacion de esclavos una suerte digna de la humanidad, ponerlos en una situacion en que pudieran elevarse á su libre desarrollo, á una existencia con derecho á la propiedad y á los demas derechos del hombre, tal es el problema cuya solucion ha llegado á ser el objeto de los desvelos del emperador Alejandro, y por grandes que hayan sido los obstáculos que encontró en su camino y la oposicion con que tuvo que luchar, no solamente por parte de los delegados y apoderados de la nobleza, sino tambien por parte del consejo imperial y del ministerio, por amargas que hayan sido las experiencias que hizo con una gran parte de los mismos colonos que, engañados por alguno de mala intencion, ó cediendo á pérfidas insinuaciones, se dejaron arrastrar á declararse en huelga ó á negarse á pagar el impuesto, á sublevarse y á cometer grandes desmanes, creyendo que el emperador les habia dado libertad completa y concedido la libre posesion de los campos y de los prados, nada bastó para que el emperador desistiera de su propósito. Sofocáronse los motines de los colonos por medio de las armas, y sus causantes fueron severamente castigados. Pero al mismo tiempo un manifiesto de 17 de Marzo de 1861 probó que la oposicion de los privilegiados no podia detener por más tiempo la ejecucion del proyecto.

Dos años más tarde tuvo lugar la emancipacion de los siervos.

Es un hecho incontestable que el odio y la pasion que se acumulan en el seno de una nacion bajo una dominacion despótica, se manifiestan solamente cuando se adopta una línea de conducta más moderada, cuando se le tiende una mano conciliadora y se le manifiesta el sincero deseo de cerrar sus inveteradas heridas y curarlas del mejor medio posible. Esta experiencia debia nuevamente ser confirmada por el pueblo á quien le ha tocado desempeñar el más trágico papel en el drama de la historia universal; la nacion polaca es un cuerpo mutilado que con sus violentas contorsiones deja adivinar sus sufrimientos y la necesidad natural de reunir de nuevo sus miembros dispersos, y que á pesar de todo posee todavia toda su fuerza vital, si bien el organismo para obrar libremente le falta. Cual un gladiador herido, reúne de tiempo en tiempo todas sus fuerzas para desprenderse de los sofocadores brazos del vencedor; pero todos estos esfuerzos no dan otro resultado que hacer más dolorosa la agonía y acelerar la parálisis de los miembros todavia sanos. Desde el día de su division, la Polonia se ha captado las simpatías de los pueblos europeos, como jamás ninguna otra nacion lo ha podido conseguir; se consideraba como un deber sagrado consolar esta grande desgracia nacional por medio de testimonios de afecto y de benevolencia, y oponer á la iniquidad de los poderosos la compasion de los pueblos. Esta simpatía no ha sido desmentida jamás, ni aún cuando las heridas ya cicatrizadas se abrieron segunda vez por intentar nuevos é inquietantes remedios; ni aún en estas ocasiones en que el orgullo y la pasion rechazaban el ofrecido apoyo, el grito de angustia de los polacos vencidos y derrotados dejaba de encontrar eco entre los pueblos.

El emperador Alejandro II hizo extensivo á la Polonia el plan de reformas que en Rusia habia inaugurado; en lugar del príncipe Paskewitsch, que poco tiempo antes de la paz de París habia exhalado su postrer aliento, fué nombrado gobernador (1.º de Febrero de 1856) el príncipe Miguel Gortschakoff, el defensor de Sebastopol. Una amnistía permitió á casi todos los proscritos polacos volver á su patria y recu-

perar sus derechos civiles; al año siguiente se introdujo una nueva organizacion judicial parecida á la de Rusia; en cada colegio se abrió un curso para el estudio del derecho polaco. En el mes de Setiembre del mismo año (1857) apareció un manifiesto imperial que invitaba á los propietarios de terrenos á que se arreglaran de manera que quedaran abolidos los jornales de los colonos en el trascurso de cinco años, y que pasado este tiempo el gobierno se encargaría de hacer por sí mismo esta abolicion. Durante muchos años no se hizo en el país una leva militar: las barreras que hasta entonces habian herméticamente cerrado la entrada á los extranjeros, cayeron en Polonia lo mismo que en Rusia, y Varsovia como San Petersburgo fué comprendida en la gran red de caminos de hierro, por la cual todas las partes del imperio estaban unidas entre sí y con el resto de la Europa. Se aprobaron tambien los estatutos de la sociedad de economía doméstica de Varsovia para que la agricultura pudiera correr parejas con la industria; en la administracion de correos se adoptó, en lugar de la lengua rusa, hasta entonces vigente, el idioma polaco; las ciudades pudieron elegir libremente sus autoridades municipales, y en la administracion y expedicion de los negocios gubernamentales se prometieron algunas mejoras y reformas. Igualmente se manifestó un espíritu tolerante en materias religiosas, y para proveer los obispos vacantes se entró en negociaciones con Roma; sin embargo, se prohibió la conversion de la Iglesia griega á la Iglesia católica, y por razones políticas financieras se creyó oportuno prohibir las sociedades de templanza que se formaron en Polonia y en Rusia, y que bajo esta apariencia ocultaban otras miras distintas.

A pesar de todo, se podia observar en la poblacion polaca una fermentacion que iba en aumento y que hacia temer la explosion de tumultuosas escenas. No se ocultaba á los polacos que la guerra de Crimea habia debilitado á Rusia. Si por una parte el partido nacional polaco, que constantemente estaba en relacion con los emigrados, fundaba su esperanza en que en caso de insurreccion los rusos no podrian obrar con la fuerza y la energía de otro tiempo, los sucesos de Italia por otra, en donde la sublevacion popular dió por resultado el rescate y la

unidad de la nación, y el principio proclamado y sostenido por la Francia del derecho que los pueblos tienen de disponer de sí mismos, hicieron una impresión incontestable en los espíritus y despertaron antiguos recuerdos y sentimientos adormecidos. Bajo la influencia de la emigración, que residía en el extranjero y que no estando al corriente de la vida real, del cambio de situación y de las necesidades del presente, se agarraba á las ideas del pasado, se formó un partido de la resistencia nacional, que extendiéndose por todo el país por medio de sociedades secretas y de conspiraciones, se aprovechaba de cualquiera ocasión para dar más fuerza á sus sentimientos con manifestaciones y para contar el número de sus adeptos. Encontrados elementos formaban este partido. Mientras que la población de los campos, desconfiando de la nobleza polaca y hecha prudente por las amargas experiencias del pasado, se mantenía absolutamente alejada de este movimiento, llegando algunas veces hasta á sostener á los rusos en su obra de represión, el partido nacional contaba algunos partidarios y defensores, especialmente en la nobleza de las antiguas ciudades, sobre todo de Varsovia, entre la juventud instruida que veía la salvación y la dicha de la nacionalidad polaca en el restablecimiento de un pasado ideal, en la realización de los sueños de su imaginación, entre los judíos descontentos que esperaban conquistar la igualdad que el gobierno ruso aún no les había concedido, entre la clase numerosa de los emigrados y de sus emisarios que, como una sagrada herencia, llevaban en su corazón el odio á los opresores de la gloriosa nación polaca. Todo hombre sensato debía convencerse de que un partido compuesto de elementos tan diversos y que no podía obrar sino por el terror y por el desorden, era incapaz de producir actos fecundos. Si la represión de este movimiento revolucionario no tuvo por consecuencia, como las conspiraciones y los motines anteriores, una mayor servidumbre, no fué menester atribuirlo, ni á la mediación del gobierno francés, ni á las simpatías del pueblo de Francia, ni á la palabra oficial pero poco enérgica de Inglaterra, sino únicamente al espíritu conciliador y equitativo del emperador de Rusia, que en manera alguna hacía á todo un pueblo

entero responsable de la empresa de unos cuantos; que no juzgaba con demasiada severidad, ni condenaba ni castigaba sin piedad la lucha de una nación desgraciada y vencida, que pugna por reunir sus miembros dispersos y revivir en una nueva vida política.

Ya en otoño de 1860, cuando los tres soberanos de Rusia, de Austria y de Prusia tuvieron una entrevista en Varsovia, se manifestó á la opinión pública una corriente de inquietud que presagiaba conciliábulos y tendencias políticas. La nobleza se abstuvo de tomar parte en las fiestas que se organizaron durante la presencia de los augustos visitantes. El 29 de Noviembre, aniversario de la revolución de 1830, se celebró en la iglesia de los Carmelitas, entonces prisión para los polacos, un oficio de difuntos, durante el cual se cantó un himno que llegó después á ser el himno nacional y que fué muy pronto prohibido; en él se celebraba y se imploraba el rescate de la patria del yugo de los tiranos. Después de estos síntomas, de que el gobierno no se preocupó, tuvo lugar el 25 de Febrero de 1861, aniversario de la batalla de Grochow, una manifestación más extensa, para la cual públicamente se hicieron algunas invitaciones. Un inmenso gentío, compuesto en su mayor parte de jóvenes y á cuya cabeza se ostentaba el pendón polaco, recorrió por la noche las calles de Varsovia con teas y banderas, cantando himnos patrióticos y religiosos desde el viejo Mercado hasta en frente del palacio del gobernador, en donde los miembros de la sociedad de economía doméstica se hallaban reunidos en asamblea general para deliberar sobre los medios y modos de transformar los bienes hereditarios arrendados en propiedades libres. Por esta abolición voluntaria de las cargas de los colonos, que el gobierno ruso había ya anunciado como próxima, se esperaba hacer á aquéllos favorables á la causa nacional. Antes que el acompañamiento, que cual una avalancha engruesaba cada vez más en el camino, llegase delante del palacio del gobernador, un destacamento de gendarmes de á caballo cargó sobre la multitud que cantaba y gritaba, y la dispersó á sablazos, resultando muchos heridos, por haber hecho resistencia á los arrestos que se tenía intención de hacer, pero sin que hubiera ningún muerto, como algunos han pre-

tendido. Al día siguiente la población polaca vestía de luto. Un entierro de uno de los que habían sucumbido de resultas de sus heridas, dió ocasión la noche del 27 de Febrero á que la tropa interviniera de nuevo, después de haber sido acogida con gritos y con una lluvia de piedras su primera intimación. Esta vez el desenlace fué más sangriento: murieron tres personas y hubo muchos heridos, la ciudad se insurreccionó, los almacenes se cerraron, los cadáveres, colocados sobre unas andas, fueron paseados por las calles de la población. El gobierno se mostró sorprendido; el príncipe Gortschakoff en una proclama expresó el disgusto que estos acontecimientos le habían proporcionado y prometió un interrogatorio judicial; autorizó á un cierto número de ciudadanos, los más distinguidos, para que formaran una junta de seguridad, se encargaran del sostenimiento del orden público, hicieran solemnes exequias en honor de los que en el día 27 habían perecido y enviaran al emperador una exposición, en que se decía que los sucesos de los últimos días no debían ser considerados como la explosión de las pasiones efímeras de ciertas clases del pueblo, sino como la manifestación ardiente y unánime de los sentimientos comprimidos y de las necesidades no satisfechas del país; en ella se lamentaban de que una nación todavía independiente é indivisa careciese de un órgano legal que la pusiera en relación directa con el trono y al cual pudiera someter sus deseos y sus reclamaciones. Algunos días después, el gobernador hizo publicar un rescripto imperial que vituperaba, es verdad, la audacia de algunos individuos que se creían llamados á condenar todos los actos del gobierno, que declaraba con energía que el emperador en ningún caso toleraría desórdenes materiales, pero que al mismo tiempo hacía alusión á todas las reformas á que el emperador se había consagrado. Sin embargo, no se encontraba en él ninguna enseñanza sobre la naturaleza de estas reformas ó sobre la época á que debían empezar á ser puestas en ejecución. Pero desde el 26 de Marzo apareció un ukase que instituyó un consejo de Estado polaco, organizó consejos electivos para los comuneros, los círculos y las provincias, y estableció cerca del gobierno de Varsovia una sección es-

pecial é independiente para el culto y la instrucción, bajo la dirección del conde polaco Alejandro Wielopolski, un patriota estimado que en 1831 había sido embajador del gobierno revolucionario de Polonia en Londres, y que después se había agregado al gabinete ruso. Esto fué el principio de un nuevo régimen político sobre una base nacional, que reconoció también el príncipe gobernador, que dirigió su proclama á los «polacos,» en la cual les hablaba de su tan querida nacionalidad, al mismo tiempo que les ponía en guardia contra esos hombres peligrosos, fautores de todos los tumultos y alborotos que hasta entonces habían sucedido.

Las concesiones ofrecidas no bastaban á las exageradas pretensiones. El restablecimiento de la antigua república polaca en toda su extensión y en toda su independencia nacional, tal era el objeto de los patriotas. Todas las noches, en la plaza en que habían sucumbido las víctimas de Febrero, tenían lugar reuniones en que se cantaba el himno nacional y se entregaban á toda clase de demostraciones. El gobierno trató de poner un término á esta situación semi-revolucionaria por medio de la más rigurosa ordenanza de policía, por el licenciamiento de la guardia nacional y por medio de otras medidas. Como ni aún así obtuviera ningún resultado, pronunció la disolución de la sociedad de economía doméstica, á la que no sin razón consideraba como el alma del movimiento (6 de Abril de 1861). El resultado de esta disposición fué que la sublevación estallara una vez más en toda su violencia; por la mañana del 7, el pueblo en masa se trasladó en peregrinación á la tumba de los mártires de Febrero, y después un inmenso séquito, adornado con ramas y coronas, se trasladó desde el cementerio hasta en frente del edificio de la sociedad de economía doméstica y entonó el tan conocido cántico nacional: «Todavía la Polonia no está perdida.» Sobre el empavesado balcón del edificio se enarboló la bandera con el águila blanca en fondo negro; algunos personajes, colocados en este balcón, cuajado de damas, parecían dirigir todo el movimiento. La multitud siempre creciente se trasladó entonces delante de la morada del conde Zamoy-ski, presidente de la disuelta sociedad, le saludó con vivas de entusiasmos y últimamente se agregó en torno del palacio del